

NUESTRA SENDA

Uno es el propósito primordial que trae este periódico: cruzarse Caballero Andante en la gran ruta del Arte.

Es un esfuerzo, y sólo como tal debe tomarse.

Tiene, como es natural, el balbuceo de las primeras voces y la indecisión de los pasos iniciales. Pero no menguan estas dificultades la pureza de sus propósitos.

FIAT LUX es el periódico de la Juventud, y es, por lo tanto, un gesto altivo: es la sonrisa del Manchego ante el frío practicismo de Sancho; es el sonido de la siringa de Pan, soplada caprichosamente a la entrada de un bureau de agiotistas; es Ariel que se burla del utilitarismo de Calibán

Este esfuerzo, porque viene de la Juventud, traerá de ella el entusiasmo eternamente palpitante, y el vigor que sólo tienen las cosas nuevas.

La tarea es ardua y penosa: bien lo sabemos. Pero, ¿la maldicencia murmura? ¡Bien haya! tal vez la experiencia haya enseñado ya a Don Quijote que las aspas de los molinos son siempre aspas de madera!

Y ahora—Lector—ya sabes qué somos y a dónde vamos. Si te halaga la empresa, sonríe; y si no, contrae el ceño y mófate: de todos modos, nosotros no hemos de verte!

MINÍ

Presupuesto de alegría

De alegría será nuestro presupuesto: juventud y jovialidad, engastadas en el rico joyel del entusiasmo, nos brindan rebosante copa de esperanzas y en nuestro presupuesto el haber, optimista y halagador, es mucho más cuantioso y fuerte que el debe sombrío, cuajado de decepciones. Agregamos a este presupuesto los ya previstos sinsabores que sin duda alguna hemos de cosechar en esta liza; pero su cifra no nos afecta; antes bien, ha ido a engrosar nuestro haber, pues las contrariedades que nos den nuestros escritos, legítimos hijos de nuestro corazón y nuestro cerebro, serán recibidos con altivas sonrisas; estribará nuestro orgullo en defender nuestros hijos con celosa paternidad.

Nos aprestamos a la lucha con abundante provisión de entusiasmos y de hidalguías: por frente tenemos la falaz mariposa del Ideal, que en giros rápidos nos huye siempre: ajustaremos a la mente las alas de nuestro empeño para alcanzarla, sin que la leyenda de Icaro nos arredre: miramos y preferimos imitar el fogoso vuelo de las águilas. Quijotescos son nuestros deseos,

pero preferimos acometer, caballeros sobre Rocinante, los molinos de viento que allá en las alturas de idealidad agitan sus aspas batidas por ráfagas de gloria, que cabalgar sobre Rucio hacia las molicies de la insula Barataria.

Este es nuestro presupuesto: cálculo de jóvenes, cuentas que nos halagan como todas las que en la vida se hacen y que suelen concluir con déficit....

Y, entre tanto, desde el azuloso cielo brillará, con su luz lánguida la Luna y con la Luna, brillarán las mil constelaciones de nuestro hermoso cielo y en sus destellos habrá la misma indiferencia eterna; y Dios, el buen Dios, acariciándose sus luengas barbas de plata, contemplando esta pobre humanidad que en su jaula se rebela o se resigna, que sueña en superhombres, que anhela nirvanas y dichas eternas, que cree encontrar jugo nuevo en las ubres ya secas de esa vieja nodriza que llamamos vida, sonreirá con sonrisa de bondades...

ZEDA

San José, mayo 21 de 1914.

SALUDO

FIAT LUX, al presentarse humildemente en el campo de las ideas, como una florescencia de juventud y entusiasmos, dirige a sus colegas de la Prensa un cordial saludo; se complace en hacer extensiva la presente salutación al público en general y muy especialmente a la juventud estudiosa que, a no dudarlo, será quien mejor sepa comprendernos y quien más nos aliente en esta cruzada que hoy emprendemos, ansiando con ello solamente poner nuestra pobre cooperación en el progreso intelectual y artístico de nuestro querido terruño, que tiene derecho a esperar de su juventud, los empujes más viriles hacia su bienestar.

San José, 1.º de junio de 1914.

Adelante, siempre adelante!

Guiados por un entusiasmo puramente artístico, entramos en el campo del periodismo con la impericia de nuestros años, pero con el entusiasmo de una juventud llena de vigor y de esperanzas.

Aventurado sería asegurar el triunfo a un grupo de jóvenes que, como nosotros, a la sazón no cuenta con más apoyo que el de su propio esfuerzo, y que tiene que luchar en un medio ambiente lleno de prosaicas hostilidades.

Mas, cuando el fin que se persigue es noble; cuando el triunfo que se anhela irradia en la mente a manera de estrella, con fulguraciones sublimes; cuando dentro del pecho dieciocho años entonan un himno de amor a la vida, las dificultades se vencen, las obstáculos se salvan, con la misma facilidad con que vence y salva los tropiezos que encuentra en su carrera el copioso torrente de un río.

Por eso hoy nos presentamos dispuestos para la lucha; que ya vencedores o vencidos, ya derrotados o triunfantes, seguiremos adelante, siempre adelante, hasta que deje de volar en nuestras almas la encantada mariposa del ensueño.

JUNELO

CARUCHO

Por CARMEN LIRA

—¿Qué tienes Carucho?— interrogué mientras acariciaba la hermosa cabeza del muchacho. No me respondió. Con la cara entre las manos sollozaba amargamente.

—¿Qué tendrá este Carucho, señor? me preguntaba ante la pequeña, apenada figura que tenía ante mí.

Nunca había encontrado un niño que me interesara más. Tenía siete años apenas pero no era juguetón ni bullanguero como los otros chiquillos que conocía. Me gustaba mirar su carita pálida, morena, con aquellos sus ojos grandes reflexivos, color de pizarra.

—Es un pequeño soñador—decía burlándose su hermano grande.—Este año cuando estábamos en el campo, lo encontraba a menudo, en los mediodías, acostado bajo los árboles, con los ojos cerrados. ¿Duermes Carucho?—le preguntaba. Pero él no dormía; estaba oyendo cantar las cigarras. Luego quería que yo le explicara por qué cantan, cómo cantan i por qué no cambian de tono. Es un preguntón este muchacho; no lo sufro...

Yo lo hallaba muchas veces de codos en la ventana, con el libro de lectura que era su mortificación, a un lado, mientras él miraba volar los zopilotes o las golondrinas i deshacerse las nubes.

—Las envidias Carucho?

—Sí, quisiera volar. Qué bonito debe ser sentirse volando!

Un día me dijo viendo blanquear la luna en el azul intenso del cielo:

—Mire la luna entre aquella bandada de zopilotes. No le parece una paloma blanca que vuela entre ellos?

—Pronto se irán las golondrinas,—contóme en otra ocasión.—Dice papá que ya comienza en el país de ellas la primavera; ésto va a quedar muy triste. Quisiera ser tan pequeño como Almendrita, para que una golondrina me llevara sobre ella volando hasta la torre de una iglesia de Buenos Aires. (Para él Buenos Aires era el país más lejano i bello de la tierra).—Verdad que el cuento de Almendrita es verdad?—Dice Ana que es mentira.

Yo le decía:—Ana no sabe de esas cosas.

Las golondrinas eran para Carucho pájaros maravillosos.

—Yo vi alejarse el año pasado las golondrinas. Ud. las conoce? Tienen las alas negras i el pico blanco. La cabezita es negra i los ojos son unas cuentillas mui brillantes. Cuando entré a la escuela a primer grado, recuerda? se fueron ellas.

Entornó los ojos como si viera algo mui lejos y continuó:—Estábamos en clase i la maestra, la niña Celia, nos enseñaba a leer; pero yo no atendía: miraba por la ventana el cielo i las golondrinas que armaban una gran bulla

sobre el techo del teatro. Oía la voz de la niña Celia: Ala A-L-A. De cuando en cuando uno de los pájaros volaba, luego se alzaban todos i volvían a caer sobre el techo del teatro. Sabe en que pensaba al mirarlas bajan moviendo sus alitas tan negras? Que arriba, mui arriba, donde está la luna agitaban un árbol... entonces las hojas caían sobre aquel tejado. La maestra dijo:—Repita, Mauricia. Yo no supe i me pusieron una mala nota pero a mí no me importó i seguí mirando hasta que las golondrinas se fueron mui alegres, gorjeando mucho. Ellas pasan los mares volando... Qué lindo es el cuento de Almendrita!

La madre se quejaba de Carucho.

—¿Qué hacer con este muchacho? Hoi lo he mandado a estudiar. Como a las dos horas lo necesité i Juan me dijo que hacía mucho rato lo había visto irse para el potrero i allá me fuí. Cerca de la tranquera tirado entre la hierba estaba el libro; a él me costó encontrarlo en aquella hondura, bajo los guayabos, tumbado boca abajo. No me sintió acercarme i ¿sabes lo que hacía? Mirar unas hormigas. Lo peor es que con Carucho nada se puede hacer... Le llamé la atención i mui tranquilo me respondió:—Perdone mamá; no he estudiado mi lección porque recordé que ayer tarde me encontré este camino de hormigas i me he venido a verlas trabajar.—Va a estar hecho un hombre y sin saber leer... Ya Ana suma y resta... i él...

La buena señora deveras parecía acongojada de que Carucho no sumara ni restara.

Por irse a ver el camino de hormigas en vez de estudiar, el niño fué castigado. La mamá le ordenó que en toda la tarde no se moviera de una silla. El padre i yo abogamos por él. Sentía una inmensa tristeza al contemplar a Carucho tan quieto, con su carita pálida contraída por la pena, tan silencioso, con los ojos fijos en el suelo.

Le perdonaron. Luego nos fuimos a pasear cogidos de la mano. El me preguntó:—Por qué se enoja mamá i me castiga porque voi a ver las hormigas? Yo creo que mamá no debía enojarse por eso. Figúrese que todas las lecturas del libro son mui aburridas. A mí me gustan los cuentos como el de la mangusta, de Rikki-tikki recuerda? o como aquel otro que me leyó Ud. de un chiquito que se puso luto en el sombrero porque llevaron unas vacas amigas suyas al matadero; el cuento del Pulgarcito, de María Cenicienta... Ah! esos sí que son bonitos i no me aburren;

pero mi libro sólo habla de Juan Santa María i los filibusteros.

Caminó un buen rato en silencio i después:

—Esta mañana me pareció mejor en vez de leer ver las hormigas ir i venir: las más pequeñas, unas con sus pedacitos de zacate, otras con una semilla de guayaba o una florecita de sauce. Viera qué divertido: hay unas chirricas que se cansan; seguro son las recién nacidas que se cansan a medio camino i entonces las grandes las suben sobre su hoja de zacate i así las llevan al hormiguero: parecen mamás que llevan su hijito alzado. I Ud. las ha visto cortando las hojas? No? Pues se apoyan con fuerza en las patillas de atrás i con unas tijeras que tienen en la cabeza cortan las hojas.

**

Pero en aquel momento sí que me tenía intrigada el llanto del muchacho.

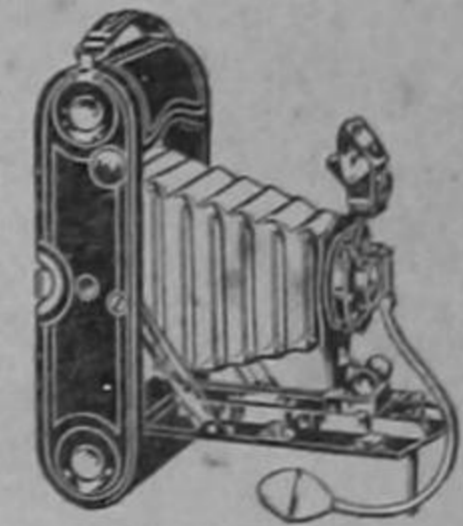
Le habrían castigado? Era extraño porque cuando tal cosa sucedía Carucho no lloraba, se tragaba las lágrimas i su pequeño rostro daba lástima por la expresión que tomaba.

Por fin habló:—Sabe? Murió Min, Min! No me digas eso Carucho!...

Min era el perrito de Carucho: un perro blanco, lanudo, que nunca lo desamparaba.

(Continuará)

ARTÍCULOS FOTOGRÁFICOS **KODAK**



Placas, Películas,
— Papeles —
Solio, Velox, Cyko
Tarjetas Postales,
REVELADORES
—FIJADORES—
ENTONADORES

—*—
**CÁMARAS
UTENSILIOS**

LIBRERIA LEHMANN (Sauter & Co.)

ARTURO AGUILAR MORÚA

PASANTE DE ABOGADO Y NOTARIO PÚBLICO

OFICINA:

Frente a la Tesorería de la Junta de Caridad.

AVISO:

A las personas que les enviemos este número las consideraremos como suscritores si no lo devuelven, antes de ocho días, al apartado 1031.

No sabía que fuera prohibido sentir...

Como mariposas de luz, transparentes, invisibles, las armonías partían del violín. Volaban y volaban, unas en pos de otras, buscando en donde posarse, buscando sentimientos.

Los transeuntes, gentes de negocios los más, pasaban y pasaban, en busca de ocasiones, indiferentes a las frases del violín.

Al fin uno se detuvo: un arrapiezo de once años cuando más, limpios, muy limpios los pies; los pantalones y la blusa limpios, muy limpios y muy remendados; la gorra caída de lado e insuficiente a aprisionar aquella exhuberancia de cabellos negros, los ojos, ojillos de conejo, negros también y muy vivos. Colgando del hombro izquierdo llevaba una pequeña caja de pino rematada en una pieza también de madera que semejaba la parte inferior de un zapato. Era, bien se vé, uno de tantos limpiabotas.

El violín seguía vibrando, ora suavemente, ya con potente brío; ora esparciendo dolorosas angustias, congojas desesperantes, o bien intensas dichas y regocijos plácidos; ya soltando al aire caravanas de trinos, o ecos de cascadas en que el bosque parecía articular su pensamiento.

El arrapiezo, olvidándose de todo, acercó el cajoncillo a la ventana y subió sobre él para oír mejor. Nada, nada de aquello le era extraño: aquellas armonías las había vivido él—había reído tanto y tanto había llorado!—Aquellos regocijos habían sido suyos, y suyos también habían sido aquellos lamentos. ¡Cómo sabía el violín relatar la historia de su corta, de su fatigosa existencia! Recordó a Coralía, ausente desde el último octubre, recordó las risueñas tardes, dulces tardes perdidas acaso para siempre, en que, cogidos de la mano, iban juntos a la montaña; allá en lo umbrío, pasaban horas y horas al atisbo del trinar de los jilgueros, junto a un manantial que surgía de una comba del bosque. Después, ah! su hermanita había muerto, en un anochecer hurano, horrible. Cuánto había llorado aquella noche; lloraba y llamaba a la muerta: «Coralía! Coralía! a qué dejarnos?» Lloraba estrechándole a él con toda fuerza, haciéndole llorar aún más... aun más...

De pronto, entre la parvada de armonías, asomó una nota sorda, sombría. Fué una congoja siniestra, desesperante como ninguna otra: un gemido, el mismo, el último exhalado por su hermanita al morir.

Aquella viva impresión conmovió de tal modo al pobre arrapiezo, que del rosál de su sentimiento brotaron con extraña fuerza florescencias de dolor.

En el momento en que el pequeño levantaba la manga de la blusa para enjugar en ella los torrentes de emoción, una mano torpe le asía bruscamente por el brazo, obligándole a bajar. El policial le miró salvaje y le indicó el camino con el bastón.

El limpiabotas quedó atónito, comprendió el peligro y dejó medroso la ventana. «Ah, murmuró, no sabía yo que fuera prohibido sentir...

RUBÉN COTO.

A una Bogotana

(Pasillo en prosa)

El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals. Vea usted cómo aquellos dos enamorados pueden llevar el compás, en medio de la más ardiente conversación. El dice que los lindos ojos de una mujer valen por todos los astros, y los lindos labios por todas las rosas. Como ella quiere demostrar lo contrario, le mira con los bellísimos ojos suyos, le sonríe con sus inefables labios, que son en un todo iguales, a aquellos con que la señorita de Abril dió el primer beso al caballero de Mayo. El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

¡Oh, sí, sí! La fuerza de una pasión es mayor, por infinitas veces, que el empuje de ese enorme y poderoso Tequendama. ¿Usted conoce la catarata?

Dicen que sus aguas saltan de un clima a otro. Que allá abajo hay palmas y flores; que arriba, en la roca que conoció la espada de Bolívar, hace frío. ¡Qué delicia estar allá abajo, señora, dos que se quieren! La soberana armonía de la naturaleza pondría un palio augusto y soberbio al idilio. Al ruido del salto no se oírían los besos. ¡Idilio solitario y magnífico! ¿Sabe usted, señora, que tengo deseos de que se casen des amables solteros al comenzar a florecer los naranjos? Efraim Isaacs con Edda Pombo. ¡Qué envidiable pareja! ¿Está usted agitada? El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

En cuanto las heridas alas de mi Pegaso me lo permitan—heridas ¡ay, por dolores hondos y flechas implacables!—iré, señora, a la Vía Lactea, a cortar un lirio de los jardines que cuidan las vírgenes del paraíso. Al pasar por la estrella de Venus cortaré una rosa, en Sirio un clavel, y en la enferma y pálida Selene una adelfa. El ramo se lo daré a una suave y pura mujer que todavía no haya amado. La rosa y el clavel le ofrecerán su perfume despertador de ansias secretas. El lirio será comparable a su alma cándida y casta. En la adelfa pondré el diamante de una lágrima, para que sea ella ofrenda de mi desesperanza... Bien se conversa al compás de esta blanda música. El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

Conque ¿se va? ¡Feliz, muy feliz viaje! Así sucede en la vida. El alba, que abre los ojos en una diana de lirias, dura un momento: dichoso el monje que oyó, por largos siglos, cantar al ruiñeñor de la leyenda. ¡Adiós, golondrina, adiós, paloma!... Pero, ¿quiere hacerme un dulce favor? Cuando llegue usted a su gigantesco Tequendama, deshoje, a mi memoria, la flor que lleva en su corpiño, y arrójela en las locas espumas que allá abajo, sobre las rosas, junto a las palmas, hacen temblar sus iris... El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

RUBÉN DARÍO

(De Mundial)

Soneto de Otoño

¿Quién cambiará las flores de mi estancia cuando tu mano, frágil flor de seda, que prestaba a las flores su fragancia, cortar las flores del jardín no pueda?

Cuando tu débil voz no tenga aliento ¿Qué nueva voz recitará mi trova, en el crepuscular recogimiento que idealiza el silencio de mi alcoba?

¡Blanca mano, voz dulce!... Lentamente, calladamente, dolorosamente, deshojándose va nuestra belleza,

como esas tenues rosas otoñales, que lloran su blancura en los rosales, perfumando la tarde de tristeza!

FRANCISCO VILLAESPESA

(De «Jardines de Plata»)

Paradisíaca

Cabe una rama en flor busqué tu arrimo: la dorada serpiente de mis males circuló por tus púdicos sendales con la invasora suavidad de un mimo.

Sutil vapor alzabase del limo sulfurando las tintas otoñales del Poniente, y brillaba en los parrales la transparencia ustoria del racimo.

Sintiendo que al azul nos impelía algo de Dios, tu boca con la mía se unieron en la tarde luminosa,

bajo el caduco sátiro de yeso, y como de una cinta milagrosa ascendí suspendido de tu beso.

LEOPOLDO LUGONES

(De «Los crepúsculos del jardín»)

De los sufrires hondos

(Para FIAT LUX)

Ya cantaron los gallos, Hermanita piadosa; cinco veces cantaron, cinco veces, Hermana, y tu boquita virgen, virgen y religiosa, continúa diciendo la Doctrina cristiana...

Dicen que sólo el Cristo, con sus labios divinos, ha besado la seda de tu boca sonora! Ya dijeron los gallos en los patios vecinos sus sonetos agudos a la próxima aurora!

Dicen que para el Cristo de los cabellos blondos es de tus ojos negros la satánica lumbre; mas yo sé, virgencita de los sufrires hondos,

que en el alma aprisionas un cariño mundano y por eso disipas tu letal pesadumbre con las celestes hojas de algún libro cristiano!

(Inédito)

MIGUEL ANGEL CASAL

San José, C. R.

Alma Romántica

Era una fresca mañanita de Primavera—Naturaleza había despertado más temprano, juguetona, sonriente, con una tímida sonrisa de amor. El sol se asomaba furtivo por entre los cortinajes de nubes de oro y púrpura—En los naranjos, que empezaban a vestirse con mantos de nítida blanca, las avejillas rimaban sus endechas cristalinas, puras, sublimes, para saludar al nuevo día. La tupida niebla que se desprendía tenue, imperceptible de la llovida tierra, flotaba, como velo de pureza, por entre los toldos frutíferos de verdura. Las auras contaban sus consejas a las hermosas rosas del jardín, y, ellas pensativas, las escuchaban dulcemente.

El reloj de la Parroquia dió las seis—Berta se había levantado ya, vestidita de negro, y corría entre el rosal del jardincito bañado de sol, cortando blancas flores para colocarlas en el oratorio,—en aquel altarcito enlutado y silencioso, elocuente, de la virgencita del Carmen, perfumado de oraciones. La pobre abuela, aunque cansada por el fardo de los años, hacía los oficios de la casa; de esa tristesima, en dónde una alma, día antes, había expirado en un turbio mar de sufrimientos.—Berta—la dice—ven a tomar el café que está servido. La niña, que florecía en diez abríles, corrió contenta a los brazos maternos.

—Abuelita mía! ¿por qué te veo hoy tan triste, por qué lloras así; por qué me vestiste de negro, a mí no me gusta este vestido, me gusta aquel rosadito que mamacita me compró en el día de mi cumpleaños? No llores, abuelita—Sabes? me pones mal cuando te veo llorar—Ayer lloraste mucho, por que se fué mamacita; y hoy vuelves a llorar—mírame, abuelita, yo no lloro, porque tía me dijo que mamá volvería a fines de la semana entrante—Verdad que sí, abuelita?

—Sí, hijita; pero mira, tomemos el café que se enfría—El desayuno fué corto—La pobre vieja bebió sus lágrimas que copiosas caían en la taza de café. Bertita se fué al jardín a cortar más flores y a perseguir en sus vuelos frágiles, las mariposas que, como pétalos de rosas flotaban en aquel ambiente de tristeza y de alegría.

Han trascurrido nueve años—Berta es ya toda una señorita que se prepara para recibir la mano del único hombre que en mundo ha amado, la mano de Fernando.—El compañero de su infancia.

En el jardín, reclinada en un sillón de juncos, teniendo entre sus ducales manecitas, aquella ánfora de amor que la fantasía de Isaacs llamó «María» contemplaba con íntima ternura la monotonía del paisaje, el atardecer melancólico de un día otoñal. Las blancas mariposas volaban a su derredor, tamisando el ambiente con el polvo de oro de sus alitas de cristal. Ella, de vez en cuando, seguía en sus vuelos a esas florecillas aladas y a los gorrioncitos que volaban de flor en flor libando la miel de sus corolas repletas de néctar y de aromas sutilísimos.

Fernando, ocultado a los ojos de su amada en una mata de camelias en flor, la miraba hacia ratos. Furtivo se le acerca, y poniendo sus dos manos, por el espaldar del sillón en la rubia cabecita de su amor la dice:—Bertita, hoy te veo muy pensativa—

Por qué no me dices en qué piensas? Qué es eso, veo húmedas las cuencas de tus ojos? Has llorado, amor mío?

—Sí, Fernando; pero mi lloro brota de mis ojos con dificultad—Hoy lloro por lo que no he llorado en otros días.

—Pero por qué lloras; no eres feliz con mi cariño?

—No lo soy, Fernando; porque tu cariño es falso, como el de todos los hombres.

—Pero, qué dices amada mía?

—Eso, eso mismo. Mira, es mejor que te marches, quiero llorar desconsolada mi desgracia, mi triste suerte, el fatal porvenir que me espera. El recuerdo de mis mejores años me tiene enferma, muy enferma.

Ay! Fernando, soy una ave herida, huérfana de abrigo;—el calor de mi madre me hace falta,—de esa madre que tanto he amado, que tanto he llorado en mis noches de íntimas nostalgias. Pienso, Fernando, en esa pobre anciana que la tierra la llama para darle su descanso eterno.

Mis penas infinitas me acechan a cada instante para clavar en mi pobre alma el aguijón de su veneno. Estoy enferma; pero de una enfermedad inexplicable; sufro mucho muchísimo, y, mi sufrir es lo bastante elocuente para tí, Fernando. Dime, para qué nos conocimos, para qué colocaste la hiel de tu falso amor en mi triste corazón? Bien sabías que soy pobre y humilde; y que lo único que poseo en esta vida de amarguras es un corazón forjado al calor sacrosanto de mi madre y de mi pobre abuela. Entonces, para qué veniste a mí, para que vuelves, si tus padres te lo prohíben? Para qué reanudas mi sufrir amargo, para qué vienes a encender más el fuego de este amor loco, torpe, que te profeso desde la infancia;—no sabes que este fuego abrazador me consume la existencia, poco a poco, lentamente? No sabes, Fernando, que me estás matando; y matando cruelmente?

—Pero qué dices, Berta mía? Hoy estás inexplicable, deliras y deliras mucho. Dime, qué significa todo esto, yo mismo no lo entiendo?

—Sí, Fernando, deliro porque te amo, y este delirio tu lo aumentas, ay! con tu falsía. Vete, vete; me ahogo en esta atmósfera negra de martirio. Quiero estar sola, quiero la soledad, quiero el silencio de los muertos para llorar; para llorar mucho.—Fernando, lo has oído? vete, te lo digo, al lado de tus padres, al lado de la que ellos quieren; aquí no es tu posición,—soy pobre y desgraciada, Fernando, y tu eres rico;—soy humilde, Fernando, y tu eres...

Un sollozo arrancado del alma por un sufrir sin límites no la dejó concluir.

—Pero, amada mía, porqué me hablas así? No te he dicho que sólo a ti te amo; que eres el único amor, el único tesoro que poseo en este mundo de miserias? Que mis padres no te quieran; qué importa! Bertita mía, si yo te amo; si eres para mí la virgen salvadora a quien dirijo mis oraciones íntimas cada día?

—Mira, Fernando, no quiero que me mates, mejor que todo concluya.—Hoy, todo lo he sabido; me has ocultado un secreto y eso basta.—Sé que tus padres te mandan a la Europa para que concluyas tus estudios de medicina, y todo, y todo por quitarte de mi lado. Bien comprendo, Fernando, que tus

padres tienen razón. Lo tengo todo listo—Ahi en esa cajita de ébano que me obsesquaste cuando aún era niña, están tus cartas, tus pañuelos, tus anillos, y, todo lo que me has dado—ahora sé feliz. Viajad por aquellas anchurosas playas de la Europa y olvídate de mí! Cuando vuelvas, id a visitar mi humilde tumba, la humilde tumba de una alma romántica que murió de amor.

Con la frente al suelo, Fernando se marchó. Berta lo siguió con la vista hasta perderse por entre el emparrado del jardín.

Una semana después, Berta recibía esta carta:

«Berta mía:—todo ha sido inútil, mis padres contra mi voluntad me alejan de tierras muy lejanas.—Qué hay que hacer? Nada más que obedecer—Te pido solo, amor mío, que me ames, que no me olvides. Regresaré pronto, y, entonces, vida mía, nuestras almas se fundirán al calor de nuestros vesos palpitanes, al calor de nuestro amor... eternamente—Perdóname; no he tenido el valor suficiente para irte a ver por la vez última y darte mi tierna despedida. Adios.—Tu Fernando».

Aquello fué terrible para Berta! Sufrió mucho, muchísimo. Idealidades perdidas... cuán tristes sois!

La niña fué enfermándose cada vez más. Su pobre abuela que apenas podía caminar cortos trechos en la casa, procuraba por todos los medios distraerla. Quién curaría aquella enfermedad? Nadie, sólo el amor de Fernando; pero Fernando estaba lejos, muy lejos. Triste epílogo de aquella frágil existencia!

Una tarde, sintiéndose morir, llamó a su abuela y la rogó mucho para que la llevase al jardincito, aquel jardincito amado, en donde los rosados días de su infancia se deslizaron apacibles y murmurantes, como manso arroyuelo por entre alfombras de verdura bordadas de matizadas florecillas.

Así fué—sentadita en aquel mismo sillón de juncos, leía en el panorama de su existencia, sus horas de dicha y de amargura. El pasado le daba más vida y, era entonces, cuando amaba más a ésta; pero ya era tarde. La flor de primavera comenzaba a deshojarse, como se iba deshojando la enorme amapola de la tarde, tristemente. Pidió un lapiz y un papel y, trémula escribió:

«Fernando:—Había vivido para amarte, hoy muero para olvidarte—Pronto emprenderé el vuelo, cual alondra fatigada para la comarca del Empireo; voy en busca de otro amor, de aquel amor espiritual y santo de mi madre. Adios para siempre, Fernando mío.—Berta».

Las últimas palabras apenas eran legibles. Expiró por fin aquella pobre alma de eucarística blanca... Triste es contemplar la muerte de una de estas almas, pleróicas de pureza.

Cinco años después regresó Fernando al seno de sus padres, hecho médico; y desde entonces, oh! caro lector mío, le vereis; en determinada fecha del año, cuando la primavera sonríe en sus flores, al lúgubre toque del angelus, y, en medio de una elegía suspirada por las brisas tremulantes de la tarde, sentado sobre el blanco mármol de la tumba que guarda a Berta; con la cabeza ardorosa entre sus manos, musitando una oración y lágrimas copiosas rodando por sus mejillas, como cascada de diamantes. Blancas flores adornan siempre aquella tumba silenciosa.

Así concluyó una ALMA ROMÁNTICA que murió de amor.

ALVARO R. CEBRIÑEZ

San José, mayo 30 de 1914.